sus habitantes y propiedades, quedan desde hoy bajo la especial protección de la buena fe y el honor del ejército americano.—*W. Scott.*"

Elocuente y terrible era la enseñanza que ofrecía México; el Sr. Gutiérrez de Estrada hacía notar que una misma generación había asistido al nacimiento y la muerte de un Estado, y sido testigo, á la vez que víctima, del crimen cometido, siendo la expiación la más pronta, completa y absoluta que jamás se había visto.

Atribuyó el mal á la irreflexión con que se adoptaron por los mexicanos, instituciones contrarias á las que les habían servido de catecismo en su infancia y de guía en la juventud. Lamentó que no se hubieran solicitado alianzas que pudieran equilibrar las fuerzas contendientes; el orgullo nos hizo estimar con exagerada demasía nuestras fuerzas, y la ignorancia hizo desconocer las de nuestro ambicioso vecino. Con recelosa suspicacia se temían miras hostiles de las demás naciones contra la integridad de nuestro territorio, cuando solamente la república norte-americana era la que las había concebido y realizado. Si las potencias europeas hubieran tramado á su vez algo contra la integridad del territorio mexicano, esos mismos Estados-Unidos hubieran podido ser, llegado el caso, poderosos auxiliares, y contando alternativamente con el apoyo de estos ó de las potencias europeas, se hubiera podido combatir la política agresora de cualquiera de estas Naciones; pero combatir y desdeñar á una y otras, fué un error político de suma trascendencia, por el cual se perdieron las grandes simpatías que los gobiernos europeos pudieron haber empleado para auxiliarnos.

La invasión norte-americana sugirió al autor del folleto esta pregunta: ¿sería por ventura, conveniente la incorporación de México á los Estados-Unidos del Norte, que tanto ambicionan poseerlo y tan caro nos hacen pagar su política? La empresa no era posible, por el antagonismo de raza, de costumbres, de hábitos, de tendencias, de historia, de idiomas, de religión, viniendo á resultar que tan sólo por la fuerza podría conservarse la incorporación, aun cuando al principio fuese unánime y espontáneamente acordada por toda la Nación en masa.

Los mismos Estados-Unidos necesitaban para ese evento otro sistema de gobierno, otra organización de poder público en manos de un soberano y un numeroso ejército, que apoyara aquí al lugarteniente y sus principales agentes en todos los ramos de la administración pública, para imponer respeto á las leyes, al orden y aun al trabajo; esto es, les sería preciso reducir á México á colonia de los Estados-Unidos. De otra manera, haciendo extensiva á este país la organización política de esa República, quedarían el mismo número de gobernadores, legislaturas y demás, esto es, se conservarían el desorden y la anarquía, produciendo las mismas causas iguales efectos; pues la simple unión á la Nación americana no daría el juicio y la aptitud que, según el Sr. Gutiérrez de Estrada, faltaban.

Contra los desórdenes intervendría el gobierno de Washington con fuerza armada, y sobrevendría la guerra de razas que podría prolongar muchos años una población hostil de más de ocho millones de habitantes, aunque los partidarios de la necesidad de que alguna Nación interviniera en los asuntos de México, considera-

ban á los mexicanos sin amor patrio, observando que es escaso cuando como aquí, había faltado gobierno por espacio de más de veinticinco años.

También juzgaba absurdo para afianzar la incorporación de México á los Estados-Unidos, el que se eligieran las autoridades civiles, judiciales y militares en personas de extranjeros para que el pueblo se fuera familiarizando con ese nuevo orden de cosas, pues tal sistema sería diametralmente opuesto al carácter, á la educación, á las tendencias y á todo el ser del pueblo mexicano, y tan sólo podría subsistir interviniendo la fuerza, con lo cual quedarían minadas por su base las instituciones americanas.

Que la Florida, Luisiana y Texas se les hubieran asimilado, se comprende porque aquellos terrenos estaban casi despoblados y pudieron ocuparlos á su modo, encontrando en la Luisiana europeos sin existencia política independiente, pues dos de aquellos territorios habían sido trasmitidos por venta ó por anexión, siendo el caso de México de muy distinta naturaleza; querer convertir á los mexicanos en anglo-sajones, sería lo mismo que buscar la guerra civil en que las dos razas pretendiesen la una el completo exterminio de la enemiga. La unión de esos dos pueblos bajo la base de conquista, se consideró además de imposible, oprobiosa; quedaba la ocupación parcial y lenta, pero segura.

Los partidarios de la monarquía con un príncipe extranjero, aconsejaban al pueblo mexicano que se guardara de las insidiosas asechanzas de la República norte-americana, que en la guerra con México acababa de dar la medida de sus intenciones y deseos; nación que, si tanto se afanaba por alejar de nuestro continente toda influencia europea, era para mejor y más prontamente dominarnos y anonadarnos. ¡Ya lo habéis visto! exclamaban: primero fundaron en México los norte-americanos sociedades secretas, por medio de su representante diplomático, Mr. Poinsett, para promover la división entre nosotros, la guerra civil y la anarquía; vino en seguida la usurpación de Texas y de California, y del vasto territorio intermedio; y viendo los inconvenientes y aun la imposibilidad de absorberse á toda la Nación, pretenden arrebatar el derecho más precioso é inherente á la soberanía de un pueblo: el de constituirse y darse leyes, según su voluntad libre y espontánea, pues el mismo presidente Polk ante el congreso y el mundo entero, dijo que los Estados-Unidos llevaban la guerra á México, con el doble objeto de arrebatar una parte del territorio y de impedir que aquí se fundara una monarquía.

El mismo ceño con que los norte-americanos veían toda influencia europea en nuestros negocios, se alegaba como razón para creer que solamente en Europa se hallaba para México y todas las antiguas colonias españolas, el necesario equilibrio y contrapeso á la creciente y opresora preponderancia de los Estados-Unidos, de cuya ambición y malos actos debíamos defendernos con previsión, sin tratar de hostilizarlos, aunque se pudiera; así nos haríamos respetar y adquiriríamos un título á su amistad, en vez del desprecio con que nos han mirado, por nuestras locuras y desaciertos. Para los monarquistas la República nos había llevado á ser vencidos en la guerra, y destrozados en la paz por nosotros mismos; debíasele un

pasado de fango amasado con lágrimas, un presente de ignominias coronado por la ocupación extranjera y era de esperarse un futuro horrible, si la Nación desengañada, no hacía un generoso esfuerzo y completo sacrificio de pérfidas ilusiones, abandonando los errores. Antes de ser republicanos, decían, bien supieron los mexicanos probar á los hijos de Castilla, que sangre suya corría en nuestras venas, y que no eran la especie de autómatas en que después parecían haberse convertido.

Elocuente voz era la de los sucesos, al contemplar enarbolado en México el pabellón de las estrellas el memorable 14 de Setiembre de 1847; día vendrá, decía el Sr. Gutiérrez de Estrada, en que el historiador imparcial señale bajo qué instituciones llegó á ser México más fuerte que sus dominadores, para constituirse á despecho de estos en nación soberana é independiente, y bajo cuáles otras, queriendo salvar de pronto una gran distancia, se encontró sometido al dominio de una Nación, zaherido y menospreciado por el mundo entero.

CAPÍTULO SEXTO.

Oposición al tratado de paz.—El partido conservador combate la Federación.—Tratado acerca del istmo de Tehuantepec.—Se acaba el dinero de la indemnización.—Vuelven las cuestiones religiosas.—Temor de otra guerra con los Estados-Unidos.—D. Fernando Ramírez en el Ministerio.—Revolución en la frontera del Norte.—Mala situación económica.—Francia amenaza otra vez suspender sus relaciones con México.—España, Francia é Inglaterra formalizan sus trabajos para intervenir en México.—La explotación aurífera de Sonora.—Primera invasión de Raousset.—Resolución del asunto de Tehuantepec.—Esfuerzos del partido conservador.—"El Universal" y "el Orden."—El protectorado extranjero.—Revolución en Yucatán.—Convención francesa.—Invasión pirática de Walker.—Explicaciones de Mr. Cripps.—Venta de la Mesilla.—Nueva invasión de Raousset.—Proyectos de monarquía.—Poderes conferidos al Sr. Gutiérrez de Estrada.—Introducción de extranjeros en el ejército.—Conflicto con los ingleses en Guaymas.—Los norte-americanos protegieron á Raousset.

Retirado el ejército norte-americano, volvió á establecerse el gobierno mexicano en la capital de la República, teniendo que combatir desde luego la revolución que acaudillaron el general Paredes y el Padre Jarauta, partidarios de la monarquía y enemigos de la expansión norte-americana, quienes hicieron centro de ella á Guanajuato; se quería que cada Estado reasumiera su soberanía, eran llamados traidores todos los que habían apoyado el tratado de paz, y por lo mismo se desconocía al gobierno acusándolo de haber traicionado á la Nación. Figuraron en este motín muchos de los que habían vuelto la espalda al invasor y ahora pretendían destruir un orden de cosas que ya era imposible variar. La revolución fué dominada, Jarauta fusilado y los demás sublevados dispersáronse. En seguida vinieron nuevos motines para traer otra vez á Santa-Anna á la presidencia de la República.

Por ese tiempo Yucatán se reincorporaba á la Unión mexicana y lograba la raza civilizada triunfar de los indios. Era recibido como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de los Estados-Unidos, Mr. Nathan Clifford, y Mr.

Levasseur reemplazaba como ministro de Francia á Mr. Goury. Clifford se retiró en Setiembre (1849) y al presentar sus cartas de retiro manifestó su benevolencia para con México.

La política de dejar impunes á los cabecillas revoltosos y el haberse apartado de la resolución de no aumentar sin necesidad el número de empleados, introdujo de nuevo el desorden en la administración pública; el partido conservador, por medio de su órgano "El Universal" atacaba todo lo que pertenecía á la Federación, y acusaba al gobierno por haber destruido las esperanzas de verdadera regeneración social. En Sierra-Gorda proclamó el comandante Leonardo Márquez el regreso de Santa-Anna, y poco antes habíase sublevado allá también el capitán Tomás Mejía. El solo rumor del regreso de Santa-Anna causó, en todo el país, inmensa y profunda sensación, pues se le veía como un azote de la Patria, símbolo y estandarte de las derrotas y causa de anarquía. Los sublevados de Sierra-Gorda ocuparon nuevamente al pueblo de Xichú, extendiéndose hasta San Luis por el rumbo de Río-Verde, en tanto que se consumían los millones de la indemnización sin hacer cosa alguna de provecho; sin embargo, aunque hasta en Brownsville se conspiraba por la formación de la república de la Sierra-Madre, antes de concluir el año (1849) habían sido sofocadas todas las sublevaciones.

Dos años de paz, después de la guerra con los norte-americanos, bastaron para hacer palpables los beneficios que con tan precioso don se consiguen; las minas produjeron más que en otras épocas, las copiosas cosechas proporcionaron á las clases pobres abundante subsistencia, y el comercio y la industria aumentaron considerablemente; la bárbara diversión de los toros comenzó á ser sustituida por pequeños teatros, las escuelas primarias y secundarias aumentaron y varias sociedades promovieron el establecimiento de ferrocarriles, caminos carreteros y líneas aceleradas de carros. Este adelanto se veía no obstante el desarreglo de la deuda pública, el gravamen inconsiderado á muchos efectos, la falta de seguridad en los caminos y el poco hábito de respetar la ley y la autoridad pública.

Las relaciones entre México y los Estados-Unidos parecían muy cordiales, según se manifestó en la recepción de Mr. R. Letcher plenipotenciario de esa República, quien fué recibido el 8 de Febrero (1850). Porción de individuos interesados en que fuera alterada la tranquilidad pública, aseguraban la existencia de proyectos revolucionarios, é hizo mucho ruido el célebre asunto de la venta de fusiles por el Sr. Loperena, quien después de recibir gruesas sumas del erario aun no los había entregado. En aquellos días firmó el gobierno mexicano un tratado con Mr. Roberto Letcher, acerca de la comunicación de los dos océanos por el istmo de Tehuantepec, tratado que dió lugar á serias complicaciones con la República vecina y á que el Sr. Luis de la Rosa renunciase la legación de los Estados-Unidos, dando por motivo no convenir aquel clima á su salud. Las protestas hechas por algunos ministros extranjeros en contra de la ley que arregló el crédito público, crearon otras dificultades que poco á poco se fueron arreglando aunque siempre con pérdidas para México.